



LA CUESTIÓN SOCIAL.

No es una aspiración, no es un deseo, no es una esperanza, no es una súplica; es un clamor que llega á todas partes, que se entra por todos los oídos, que llama á todas las conciencias honradas y golpea en todos los cerebros pensadores. Es un alarido formidable que viene de abajo con vibraciones de angustia, de desesperación, de ira, de sorpresa y de cólera; que infunde piedad y causa espanto: piedad, porque lo arranca el dolor; espanto, porque lo provoca la injusticia. Es la inmensa protesta de una humanidad pisoteada por otra humanidad; son los mi-

serables, los explotados, los hambrientos, los sin ventura, que gritan encarándose con los potentados, con los explotadores, con los hartos, con los felices: «¿Hasta cuándo va á durar esto? Basta de martirio. No podemos, no queremos sufrirlo más.»

En esta exclamación, donde se unen el ¡ay! inconsciente arrancado por la tortura y la voluntad firme de rebelarse contra el verdugo, está el problema gigantesco que cierra con una interrogación amenazadora el siglo XIX.

Junto á ese problema son los otros que hoy se discuten pequeños, insignificantes; apenas si se ven, apenas si merecen más que un encogimiento de hombros. Él los absorbe, los anula; dice: «Aquí estoy», y la sociedad se vuelve hacia él; cuando suplica, porque compadece; cuando amenaza, porque aterra.

Los mismos que gustosamente ahogarían ese alarido formidable que viene de abajo con una mordaza de sangre, disfrazan su

odio haciendo un gesto bondadoso y hasta aparentan escucharlo. Saben que no lo podrían extinguir. A un hombre que protesta se le obliga á callar; basta una mano que apriete firme su garganta para conseguirlo; á un hombre que amenaza se le suprime; una bala de plomo ó una argolla de hierro son suficientes á lograrlo. Pero á una humanidad escarnecida que solloza, á una humanidad indignada que ruje, ni se la puede emudecer, ni se la puede asesinar: hay que oirla.

Hay que pararse ante ella; hay que recoger con respeto el grito que viene de abajo. Porque esa interrogación y ese ¿Hasta cuándo? arrancan de todas partes á la vez: del terruño tostado por el sol y endurecido por la escarcha, junto á cuyos surcos el labriego asalariado se transforma en bestia para que fructifique y produzca y prospere una tierra que no le pertenece, que no le ha pertenecido jamás; del mar, entre cuyas olas pelea siempre y casi siempre halla sepulcro el pes-

cador de brazo que abona por contribuciones de lancha y redes las dos terceras partes de la pesca por sus músculos apresada; de la fábrica, donde se estruja la fuerza del obrero; del taller, donde se regatea el sudor de los operarios; de la mina, donde se entierra vivos á los seres humanos sin concederles el reposo que acompaña á la tumba; de los lugares donde la avaricia se nutre con urgencias de la pobreza; de la vivienda humilde en que un hombre inteligente entrega pedazos de su cerebro á cambio de pedazos de pan; del tugurio canallesco á la puerta del cual vende la mujer su carne para llenar su estómago; de los grandes centros productores donde se estafa su infancia al niño, su juventud al mozo, su descanso al viejo y su hermosura á la hembra. En todos estos sitios se dibuja esa dolorosa interrogación, de todos ellos sale ese ¿Hasta cuándo? que empieza en un sollozo y acaba en una crispación de puños.

«¡No; no queremos padecer más!—gritan

millones de voces desgarradas por el sufrimiento.—No es posible esta desigualdad infame. Para nosotros el trabajo, la miseria, las privaciones, el abandono, la ignorancia; el desamparo por cuna, la explotación por ley de la vida y el hospital por antesala de la muerte; para vosotros la holganza, la riqueza, las satisfacciones, los cuidados, la instrucción, la ventura; buena cuna para nacer, buena cama para morir y el trabajo de los demás para regalar vuestra vida. ¿Creéis que esto debe seguir? ¿Creéis que podemos sufrirlo más tiempo? No, no podemos; tales martirios son superiores á la resistencia del hombre, tamañas desigualdades constituyen un atentado salvaje contra la justicia natural.

Y como el sufrimiento y la justicia acaban por imponerse, el primero porque es dolor y conquista el alma, la segunda porque es razón y conquista el juicio, la sublime apelación de los oprimidos ha llegado á ser la médula de todas las manifestaciones

intelectuales en el mundo moderno. El filósofo la razona y discute, el economista la toma como factor principalísimo de sus sistemas, el político la lleva á sus discursos, el poeta á sus fantasías, el dramaturgo á sus creaciones, el pintor á sus cuadros, el novelador á sus argumentos. El trágico problema se ha enseñoreado de las inteligencias, las ha hecho suyas. Pero eso no basta; hace falta más: la aspiración necesita convertirse en hecho.

Lo necesita, lo exige; nadie se atreve á negarlo ya. Hasta los que por el trabajo y la tortura ajena viven á gusto, comprenden que es preciso resolver alguna cosa, parar el golpe.

De ahí que todos busquen soluciones á la cuestión social. De ahí que el Papa en sus Encíclicas exclame, dirigiéndose á los ricos: «Tened caridad», y á los pobres: «Tened paciencia»; de ahí que reyes y príncipes se llamen amigos, protectores del pueblo, y digan encarándose con él: «Cuenta con nos-

otros; haremos lo posible para remediar tus desgracias»; de ahí que los Gobiernos europeos, los Gobiernos monárquicos hablen de reformas que no se realizan, y promulguen leyes vergonzantes que nada resuelven; de ahí que los opresores ofrezcan á los oprimidos compensaciones graciosas que provocarían la risa si no provocasen la indignación. Ninguno entre ellos niega que deben ser atendidas las exigencias de los desheredados; pero ninguno las atiende con eficacia.

—¡Caridad!—exclama el Pontífice; ¡como si la caridad remediase el daño!—¡Paciencia!—añade; ¡como si la paciencia fuera una fórmula de redención!—Os compadecemos y os socorreremos—dicen reyes y príncipes; ¡como si el derecho pudiera vivir de lástima y la justicia de limosna!—Ahí tenéis unas cuantas leyes—gritan los gobernantes europeos;—leyes que os reverencian en el preámbulo y os burlan en el articulado; tomádmelas—y se quedan tan satisfechos; ¡como si con comedias gubernamentales se pudieran

solucionar tragedias humanas!—Calma; no os irritéis—murmuran los explotadores;—seguid trabajando; nosotros tenemos buen corazón y acudiremos á vuestras necesidades.—Eso dicen y en eso esperan; ¡como si la razón pudiera contentarse con mercedes arrancadas al miedo!

No es eso. Los que sufren, los que padecen, los que todo lo dan y nada reciben en cambio, no imploran caridades, no solicitan limosnas, no toleran engaños, no quieren promesas. El derecho no se arrodilla.

Y los desheredados tienen derecho á la instrucción, al descanso, al placer; á la tierra que labran, al mar que surcan, á la fábrica donde dejan su sangre, al taller que riegan con su sudor, á la vida que ganan con su trabajo y á la felicidad que con su trabajo proporcionan á otros; tienen derecho á ser reconocidos como iguales por los demás hombres, á compartir con ellos los beneficios, á que compartan con ellos la faena. Y este derecho ha de ser traducido en leyes,

en fórmulas concretas, en conclusiones precisas, en viviente y segura realidad.

Y ¿quién puede ofrecer á los desheredados garantía para el desarrollo é implantación de estas soluciones? No será el Pontífice, porque la religión vive de los poderosos de la tierra y tiene que temporizar con ellos; no serán los príncipes y los reyes, porque representan el privilegio y reinan apoyándose en el privilegio, enemigo irreconciliable de las soluciones sociales; no serán los Gobiernos monárquicos, mantenidos con el apoyo del capital y con la aquiescencia de las clases conservadoras; no serán los explotadores quienes ofrezcan buena garantía á los explotados.

Para que las soluciones sociales se desarrollen y se implanten, hacen falta moldes nuevos, instituciones nuevas, formas de gobierno amplias, progresivas, profundamente democráticas.

Por lo que á España toca, la monarquía constitucional es incapaz de afrontar el pro-

blema; una monarquía que tiene por brazos el clericalismo y el militarismo y por sostén el oro de los grandes acaparadores, no puede hacer nada en beneficio de la cuestión social. Los Gobiernos de la monarquía tampoco harán nada en este sentido; no podrían hacerlo aunque quisieran; están atados de pies y manos á ciertos capítulos del presupuesto y á ciertas exigencias del medio ambiente que los imposibilitan en absoluto para todo cuanto con el porvenir de las clases desheredadas se relaciona.

Otros han de ser los moldes gubernamentales donde encaje la solución del problema social, y á ellos habrá que acudir por todos los medios, porque el problema social se presenta cada vez más amenazador y más temible; porque en el grito de la humanidad pisoteada hay ya más cólera que dolor; porque urge el remedio; porque si no se aplica puede llegar un momento siniestro, un avatar de la desgracia, un embite monstruoso que todo lo arrolle; porque el si-

glo XIX debe cerrar sus puertas en paz, y si el problema social no se resuelve es de temer que no logre cerrarlas de ningún modo, porque las haya arrancado de sus goznes un torrente de sangre.

